

# SEED



NEAL  
SHUSTERMAN

JARROD  
SHUSTERMAN

Traducción de  
Pilar Ramírez Tello

Entonces, Dalton se vuelve hacia su hermana y le susurra:

—Ponle ojitos.

Su madre siempre les había dicho a los dos que con sus grandes ojos azules eran capaces de derretir a cualquiera. Con sus desgarrados diecisiete años, un puñado de *piercings* en la cara, un tatuaje de peligro biológico en el cuello y lo que su padre llama «pelo cortado a machete», el común de los mortales ya no se derrite con él. Salvo las chicas de diecisiete años. Pero Sarah todavía cuenta con ese poder sobre los adultos más curtidos. Así que la levanta para que la mujer la vea bien.

—Ay, pero que cosita más linda —exclama; después arranca tres billetes nuevos de la impresora—. Tenga, mañana por la mañana a las seis y media. No puedo conseguirles nada mejor.

Así que esperan. No se marchan, porque la multitud no deja de crecer y saben que es imposible que consigan volver a pasar el control. Duermen en unas incómodas sillas de aeropuerto y beben traguitos de agua de todos los que están dispuestos a compartirla con ellos, y no hay muchos.

Entonces, cuando amanece, a pesar de los billetes confirmados, no queda sitio para ellos en el vuelo de las seis y media. Ni en el siguiente. Ni en el siguiente.

Y no consiguen billetes para volar a otra parte.

Y el aeropuerto se llena tanto que traen a más agentes de policía para mantener el orden.

Y como hay atascos en todas partes, los camiones llenos de combustible para aviones no pueden llegar al aeropuerto.

Y Dalton, su madre y su hermana tienen que enfrentarse al hecho de que no van a salir disparados a ninguna parte.

---

## **DÍA DOS**

### **DOMINGO, 5 DE JUNIO**

#### **2) Kelton**

Mi padre siempre me decía que hay tres tipos de seres humanos en este planeta. Primero están las ovejas, los tipos normales que viven engañándose: se tragan las mentiras de las noticias de la mañana y se dejan machacar por otro día de trabajo monótono que los escupe a las calles de las ciudades del mundo como si fueran un trozo de carne apestosa que lleva un tiempo pudriéndose en el fondo de la nevera. En resumen, las ovejas son la mayoría indefensa que no desea aceptar la inevitabilidad del peligro real y que confía en que el sistema se ocupará de ella.

A continuación están los lobos, los chicos malos que no se rigen por las normas de la sociedad, pero a los que se les da bien fingir cuando les conviene. Se trata de los ladrones, los asesinos, los violadores y los políticos que se alimentan de las ovejas hasta que acaban en la cárcel o, mejor todavía, patas arriba en algún vertedero, junto a los restos de los calcetines que te tricotó tu abuela por Navidad y que picaban demasiado. Esos que todos los años volabas en pedazos con un M80, como una tradición.

Y, por último, está la gente como nosotros, los McCracken, los pastores del mundo. Sí, quizá los nuestros se parezcan mucho a los lobos (grandes colmillos, uñas afiladas y la capacidad de ejercer la violencia), pero lo que nos distingue del resto es que representamos el equilibrio entre ambos. Podemos movernos con libertad entre el rebaño y proteger o repudiar según creamos conveniente. Mi padre dice que somos los pocos elegidos con el poder de decidir, y cuando aparezca el peligro real seremos los que sobrevivan... Y no sólo porque tengamos un Magnum 357, tres Glock G19 y una escopeta Mossberg, sino porque, desde que tengo uso de memoria, llevamos preparándonos de todas las formas posibles para el inevitable desmoronamiento de la sociedad tal y como la conocemos.

Es domingo a mediodía, el segundo día de la restricción. Hace un calor asfixiante, como estar encerrado en una lata de refresco al sol en un solsticio de verano. Me retiro a mi refugio personal. Es decir, a la unidad táctica elevada que construí en el roble de nuestro patio. Algunos la llamarían una casita de árbol, pero eso sería un insulto a su naturaleza fortificada y funcional. No se realizan reconocimientos con infrarrojos ni se guarda un arsenal civil en una casita de árbol cursilona. Aunque no es ni la mitad de guay que nuestro refugio real: una casa segura oculta que nuestra familia construyó en las profundidades del bosque, por si se producía un ataque nuclear, un pulso electromagnético o cualquier otro desencadenante del fin del mundo. La construimos entre todos, como una familia, hace unos cuantos años, antes de que mi hermano mayor, Brady, se fuera de casa. Si las cosas se tuercen, seguro que nos iremos allí. Pero mientras tengo que conformarme con mi refugio del árbol.

Cuento con mi propio almacén de suministros, independiente del que papá tiene en nuestra habitación segura. En cuanto a armas, guardo una pistola de *paintball*, un tirachinas táctico de caza y un fusil de aire comprimido Wildcat Whisper. En cuanto a suministros, tengo Mountain Dew de sobra para mantenerme despierto varias semanas, en caso necesario, por no mencionar el Top Ramen con sabor a pollo, que es la comida que más me consuela..., porque consuela saber que, en caso de lluvia radiactiva, mi comida tiene tanto glutamato y conservantes como para sobrevivir a toda la humanidad.

Miro por la ventana del fuerte y avisto a alguien que se acerca a la casa, así que uso los binoculares para identificar al intruso. El traje marrón y la corbata de cordón no dejan lugar a dudas: es el señor Burnside, el ejecutivo jubilado que nunca llegó a adaptarse al final de su carrera. Sin nada mejor que hacer, organizó un golpe de estado silencioso y se adueñó de la asociación de vecinos unos cuantos años atrás. La dirige con mano de hierro desde entonces. Estamos bastante seguros de que es un fascista. Es probable que venga a notificarnos que nuestras ventanas son demasiado blindadas, que la puerta de nuestro garaje tiene demasiado titanio o que el helipuerto para drones de nuestro tejado es demasiado impresionante. Pero, al observarlo mejor, me percaté de que no lleva la habitual carpeta llena de peticiones y papeleo de demandas. Lo que lleva es un regalo muy bien envuelto, con lazo y todo. Soy un escéptico, así que bajo y me escondo en el lateral de la casa, agazapado detrás de un arbusto desde el que tengo una buena vista de la puerta principal.

Burnside se aplasta un poco la cortinilla gris de pelo y llama cuatro veces, y después una quinta, porque es así de desagradable.

Mi padre responde, aunque sólo abre la puerta un poco.

—Buenas tardes, Bill. ¿A qué debemos el placer de tu visita? —pregunta mi padre, lo que más bien quiere decir: «¿Qué coño quieres?».

Burnside sonrío y enseña unos dientes demasiado blancos para no ser falsos.

—Sólo estaba pasándome a ver cómo les va a las familias de nuestro barrio. —Mira a su alrededor, fingiendo entusiasmo—. Debo decir que empiezo a comprender y a apreciar algunas de tus modificaciones especiales.

—¿Como nuestro invernadero, al que la asociación todavía le pone pegas? —sugiere mi padre, brusco.

—Agua pasada —responde Burnside con un chabacano gesto de la mano para restarle importancia; su reloj de oro de jubilado tintinea al chocar con la pulsera de identificación médica. No sé bien de qué está enfermo, pero apuesto lo que sea a que no ha hecho acopio de la medicación que necesita.

—Sí, el agua es cosa del pasado, está claro.

Burnside se ríe, aunque, en vez de aliviar la tensión, la risa la alimenta. Así que le da el regalo a mi padre.

—De mi mujer y mío —dice—. Un detallito para hacer borrón y cuenta nueva.

—Bueno, es muy amable por tu parte, Bill. Supongo que eso significa que a la junta y a ti os parecerá bien que mejore las vallas de seguridad. Estaba pensando en unas de tres metros.

Burnside se eriza un poco, aunque dice:

—Hablaré con la junta. No creo que sea problema.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —inquiere mi padre, que está disfrutando de su posición de poder, está claro.

—Bueno, como he dicho, estoy visitando a todos para avisar de que la asociación de vecinos se está esforzando por reunir los recursos del barrio. Ya sabes, para ayudarnos entre nosotros en esta crisis...

En vez de responder, mi padre espera a que continúe, a que sufra un poco más.

—Seguro que a tu familia y a ti os va bien... —prueba a pinchar Burnside, de nuevo con los dientes de porcelana al aire—. Pero, claro, hay otros a los que esta situación del agua los ha sorprendido con la guardia baja.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Bill? —pregunta mi padre, algo menos jovial que antes.

—Estamos pidiendo a todos que realicen un inventario de suministros —responde, y

añade—: Seguro que hay cosas que tú necesitas y que otra persona tiene, y viceversa.

—A cada uno según su habilidad, a cada uno según su necesidad. ¿No es esa la base del socialismo, Bill? —dice mi padre—. ¡Jamás pensé que le escucharía algo así a un capitalista acérrimo como tú!

¡Madre mía, mi padre se lo está pasando en grande! La sonrisa de Burnside empieza a parecerse a un gruñido.

—No es necesario insultar, Richard... Aquí vamos todos en el mismo barco. Deberíamos intentar sacar el mayor provecho posible.

—Si todos están haciendo inventario, ¿por qué somos nosotros los que recibimos un regalo?

Burnside toma una inspiración profunda y deja escapar el aire.

—Sé que hemos sido adversarios en el pasado..., pero un poco de buena voluntad por ambas partes nos será muy útil.

Se vuelve para marcharse, pero, antes de llegar al final de nuestro camino de entrada, mi padre desenvuelve el regalo. Es una botella de whisky escocés. Del caro.

—Gracias de nuevo, Bill —le grita mi padre con una sonrisa astuta—. ¡Seguro que sirve para hacer un cóctel molotov excelente!

—¡Es mejor con hielo! —le grita Burnside a su vez, sin entender la broma—. Ya hablaremos.

### 3) Alyssa

El domingo me levanto tarde. Me he pasado gran parte de la noche despierta, escribiendo mensajes a mis amigos, intercambiando historias sobre el día. Mora, que se había plantado en el Ayuntamiento con su familia y una docena de personas más para exigir respuestas. Faraz, que había estado todo el día con su padre, intentando que su sistema de depuración por osmosis inversa transformara la orina en agua potable. Alerta, *spoiler*: no funcionó. Y Cassie, que se había dedicado a llenar botellas de agua para los ancianos en su templo. «Es *mitzvah* —me dijo—. Y el hijo de nuestro rabino está muy bueno».

Todavía medio dormida, entro en el cuarto de baño y, por la fuerza de la costumbre, pongo en marcha la ducha; entonces me doy cuenta de que se me ha olvidado coger una toalla. Voy a por una y regreso al baño, donde por fin veo que no sale agua. Ah. Claro.